

Antonio de Ciudad Real

“De la llegada de el virrey a Tlaxcalla, y recebimiento que los frailes le hicieron”

p. 102-104

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo I*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras  
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_01/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

y su mujer entraban en Tlaxcalla aquel domingo, y se había de hallar en aquella cibdad a recibirle, en nuestro convento, con el provincial.

Pegada a nuestro convento de Cholula hicieron los indios una capilla muy grande de nueve naves, labradas todas de cal y canto y arquería, en que oyesen misa y sermón y se les administrasen los santos sacramentos; obra por cierto muy vistosa y galana, pero poco fija y menos fuerte, según pareció, porque una noche se hundieron todo los arcos y bóvedas, quedando en pie solos pilares y paredes como al presente están; hizo a todos grandísima lástima aquel suceso, pero tuviéronlo por beneficio muy señalado de Dios que se cayesen a tal hora, porque a cualquier hora del día que se cayeran no pudieran dejar de hacer muy grande daño, especial si fuera por la mañana, que es cuando acude infinidad de aquella gente a oír misa. Nunca hasta hoy se ha tornado a edificar aquella obra; solamente hay una capilla pequeña y en ella un altar.

Sábado veintiséis de octubre salió de Cholula el padre comisario al amanecer, y pasado un arroyo llegó a un río que iba dividido en dos brazos; el uno se pasó por el vado y el otro por una puente de madera bien angosta. Prosiguió después su viaje, y pasando por un pueblo llamado Santa Inés, visita de Topoyanco, y el arroyo que corre por junto al mismo Topoyanco por la puente de piedra que está en el camino que va a la Puebla de los Ángeles, y andadas cinco leguas, llegó antes de comer a la cibdad y convento de Tlaxcalla, donde se detuvo hasta el jueves siguiente, último de octubre. Contarse ha muy en suma algo de lo que en estos días pasó en aquella cibdad.

### [CAPÍTULO XIII]

#### *De la llegada de el virrey a Tlaxcalla, y recebimiento que los frailes le hicieron*

Domingo veintisiete de octubre, estando los indios de Tlaxcalla aguardando al virrey, que aquel día había de entrar en aquella cibdad, y teniendo hecho un castillo de madera de dos o tres altos, con muchos aposentos y retretes para pelear en él en hábito de soldados a su modo y a la española, contra otros indios en traje de chichimecas, cuando el virrey entrase en aquella cibdad, sin saber quién pusiese el fuego se encendió dicho castillo entre las doce y la una del día, y emprendió tan bien en la



madera que sin poderle remediar se abrasó todo con muchos *petates*, que son unas esteras o tapetes de yerbas de aquella tierra; hizo a todos grandísima lástima y causó a los indios grandísima pena, por ver que su industria y trabajo se hobiese perdido antes que gozasen dello; y fue misericordia de Dios que no corriese viento a aquella sazón, y así no se pegó el fuego a ninguna casa de las vecinas; íbase la llama a lo alto y subía a las nubes.

Aquel mismo domingo en la tarde, como una hora antes que el sol se pusiese, llegó el virrey a aquella cibdad, y a la entrada hicieron los indios su ceremonia y le entregaron las llaves, y en unos sonetos en lengua castellana le pidieron les guardase sus fueros, exemptions y libertades. Estaban allí a la puerta en un tablado cuatro indios viejos, vestidos a lo antiguo, con coronas de reyes en las cabezas, los cuales representaban a los cuatro reyes o cuatro cabeceras de aquella provincia de Tlaxcalla que ayudaron al marqués del Valle tan valerosamente en la conquista de México, y se hicieron vasallos del invictísimo emperador Carlos quinto y de los demás reyes de España sus sucesores, y estos cuatro viejos eran los que hablaban en los sonetos sobredichos. Había un buen escuadrón de indios de guerra, unos a su modo, otros a la española, todos bien aderezados, entre los cuales estaban algunos piqueros con picas falsas, los cuales acompañaron al virrey en lugar de alabarderos cuando iba a la iglesia y convento y volvía a su posada, la cual fue en la plaza en las casas reales. De allí, desde aquella puerta, hecha aquella ceremonia, pasó el virrey con su mujer y hija, acompañados de muchos españoles y entre gran multitud de indios, hasta llegar a la puerta del patio de nuestro convento, donde estaba el padre comisario general y el provincial de Sancto Domingo y el de la provincia del Santo Evangelio, con otros muchos frailes, puestos todos en procesión con su cruz; apeáronse de una carroza en que iban, y el padre comisario y los demás prelados bajaron tres o cuatro gradas y hicieron su cortesía a los marqueses dándoles el parabién de su llegada. Dentro del patio, junto a la misma puerta, estaba aderezado un altar, y junto al altar un sitial en que ambos se hincaron de rodillas en unas almohadas de carmesí, y habiendo besado una cruz que el presidente de aquel convento, vestido con capa, llevaba en las manos, pasaron adelante con mucha música, hasta que llegaron a la capilla mayor de la iglesia, donde el mesmo presidente dijo sobre ambos a dos una oración, la cual acabada, como el sol era ya puesto, se volvieron por el mesmo camino, acompañándolos los prelados sobredichos y otros muchos religiosos hasta la puerta del patio, donde tornaron a subir el marqués en un caballo y la marquesa y su hija en la carroza, y se fueron a su posada, y el padre



comisario y los demás religiosos se entraron en su convento, donde presentaron al provincial de Santo Domingo y a sus compañeros, y al confesor que la virreina traía de España, que también era de aquella orden, el cual pocos meses después enfadado de cosas, dejó aquel cargo y oficio y se volvió a Castilla, al rincón y quietud de su celda y convento.

Lunes siguiente veintiocho de octubre, día de San Simón y Judas, predicó en nuestro convento el padre comisario. No fueron al sermón los marqueses porque venían muy cansados y enfermos; oyeron después de la mayor una misa rezada y volviéronse a su posada acompañados de muchos caballeros, así de los que venían de España en su compañía, como de los venidos de México a recibirlos. Martes veintinueve de octubre fue el virrey, sin la virreina, a nuestro convento con el mismo acompañamiento, y después de haber oído misa, vio y paseó los claustros bajos, el refectorio y la huerta y fuentes, y habiéndole hecho los indios fiesta con danzas, y en especial con una de portugueses contrahechos que fue muy de ver, se volvió a su posada.

Miércoles treinta de octubre fue asimesmo el virrey a nuestra casa, y oída misa, vio los claustros y dormitorios altos, y últimamente se entró solo en la celda del padre comisario, con el cual estuvo a solas más de una hora tratando y confiriendo cosas, porque le habían ya informado los frailes de la valía del provincial, o el mismo provincial (que ya le había visto allí en Tlaxcalla), que el padre comisario general excedía de su comisión y era absoluto en su oficio, y que no dejaba hacer el suyo al provincial, antes le tenía arrinconado, y otras cosas a este tono, con que venía ya el virrey un poco indignado contra el padre comisario, al cual pidió que le mostrase los recabdos de su oficio, y vistos quedó satisfecho prometiéndole favor y ayuda para que le hiciese sin que nadie le fuese a la mano, y confesando que tenía en estas partes la mesma autoridad del general, y que como a tal había de hacer que todos le obedeciesen; finalmente, prometió tantas cosas, que después decía el padre comisario que se contentaría con que hiciese la décima parte de ellas, pero después, dando oídos al provincial y a sus consortes, no sólo no cumplió esta promesa, pero dio favor a los súbditos para que se levantasen contra su prelado y hiciesen los escándalos que adelante se verán. Detúvose el virrey en Tlaxcalla hasta el jueves siguiente treinta y uno de octubre, siendo muy festejado y regalado de los tlaxcaltecas, y quedó tratado y concertado que el provincial de aquella provincia le acompañase hasta el convento de Otumba, y que se quedase allí hasta que el padre comisario acabase la visita, el cual, por habérsele ofrecido un negocio muy urgente, se fue desde Tlaxcalla a la Puebla de los Ángeles, y de allí a México en prosecución de la visita, como agora se dirá.